



Acrílico No. 1

60" X 52"

1999

Fanny Sanín

Colección de la artista

R E S E Ñ A S

- 1903 en la prensa panameña y los infaustos años precedentes de Carlos Alberto Mendoza y Vicente Stamato.
- El diablo es conservador de Alejandro Llano.
- El escriba de sí mismo de Saúl Ibargoyen.
- El viviente humano de Alejandro Serani Melo.
- Equilibristas de Policarpo Varón.
- Il lavoro nell'insegnamento del Beato Josemaría Escrivá de Giorgio Faro.
- Los impostores de Santiago Gamboa.
- Pedagogía del corazón de María Adela Tamés.
- Schopenhauer como educador. Nota crítica a la tercera intempestiva a partir del estudio de verdad y mentira en sentido extramoral de Friedrich Nietzsche.
- El derecho a la vida y la inconstitucionalidad de la fecundación in vitro de Hermes Navarro
- Sobre el espíritu académico en una aproximación a la literatura española de Carlos Alberto Crida Álvarez

1903 EN LA PRENSA PANAMEÑA Y LOS INFAUSTOS AÑOS PRECEDENTES

MENDOZA, Carlos Alberto y STAMATO, Vicente,
Alcaldía de Panamá,
Comisión del Centenario de la República,
Biblioteca del Centenario,
Bogotá, 2001,
2 volúmenes.

róximo a cumplirse el centenario de la creación del Estado de Panamá, la alcaldía de Panamá y la comisión del centenario de la república han decidido adelantarse a la efemérides con la publicación de distintas informaciones periodísticas aparecidas en los albores del surgimiento en la comunidad internacional de la república panameña.

En el año 1903, en Panamá y por ende en Colombia, la prensa hervía de opiniones, alusiones y noticias referentes al futuro del istmo. La Guerra de los Mil Días, el desamparo panameño por parte de las instituciones del Estado colombiano, el propósito francés de comunicar los dos mares, las presiones norteamericanas y el rechazo al Tratado Herrán Hay son comentados por la prensa panameña de la época.

Periódicos como El Lápiz, El Duende, La Justicia, La pluma, La Probidad, El Mercurio y, sobre todo, la Gaceta de Panamá son rescatados del baúl de los recuerdos por Carlos Alberto Mendoza y Vicente Stamato, autores del compendio. Esta interesante labor de sinopsis histórica y periodística nos acerca a una época en muchos casos olvidada, que marcó un hito, un antes y un después en la historia no sólo de Colombia y Panamá sino también de todo el "patio trasero" de los Estados Unidos.

La historiografía colombo-panameña no podrá obviar este prontuario epistolar si quiere comprender una época y un episodio que movió el dormido patriotismo de panameños y colombianos, de una Colombia que vio como el Monrosiano "América para los americanos" se comenzaba a aplicar a costa de ella y de una Panamá que

hacía realidad una independencia debida no sólo a la intromisión norteamericana sino también a la desidia del gobierno central colombiano, que sólo se acordó de ese pequeño trozo de tierra cuando ya lo había perdido.

Estos dos tomos de 1903 en la prensa panameña y los infaustos años precedentes representan un necesario homenaje al siglo de existencia de la república de Panamá en un momento en el que ha asumido totalmente la gestión de un canal que fue la razón y la excusa para la búsqueda de la independencia, así como de la intervención norteamericana.

Por medio de una introducción que trata sobre la Colombia de los prolegómenos de la Independencia, los autores tratan de explicar las causas que llevaron a la emancipación de una manera ecuánime y alejada de patriotismos trasnochados.

No podemos olvidar que el episodio de la emancipación de Panamá aún despierta acaloradas discusiones. En Colombia, el episodio independentista panameño es visto, por una parte de la intelectualidad dedicada a labores historiográficas y por el tradicionalismo conservador, como una vergüenza. Sirva de ejemplo de que no se ha olvidado esta pérdida del istmo el que, en la actualidad, éste siga plasmándose en el escudo oficial colombiano, en una mezcla de dignidad y de no aceptación de la realidad vigente, que no tiene marcha atrás.

Recordemos, por otra parte, que el sentimiento independentista panameño tiene varios antecedentes históricos y que, si bien es verdad que sin la injerencia

estadounidense difícilmente se habría dado ésta, los panameños ya lo habían intentado en el pasado.

Panamá demostró su particularidad con respecto al resto de Colombia no tomando parte en las primeras manifestaciones revolucionarias con respecto al poder español e incluso fue sede del virreinato de Santa Fe en 1812. Cuando las cosas ya estaban definidas y cuando en la Villa de los Santos la Gran Colombia proclamó la separación, Panamá por fin se decidió a unirse a ella. Este sentimiento de particularidad fue aprovechado por Teodoro Roosevelt para fomentar una segregación que favoreciera la construcción del canal y fortaleciera la presencia norteamericana no sólo en México, Cuba, Puerto Rico o Nicaragua sino también en la zona con un futuro estratégico más claro: Panamá.

La nueva república, nacida con vocación de independencia con respecto a cualquier potencia extranjera, enseguida reconoció que sin los Estados Unidos no ten-

dría visos de supervivencia y se entregó a los dictámenes del poderoso país del norte de tal manera que estos se han mantenido como tutores de la pequeña república centroamericana hasta nuestros días. Pero si es verdad que esta resignación ha marcado al pueblo panameño, justo es decir que, a la par, éste nunca ha dejado de reivindicar una total soberanía territorial; soberanía territorial que se ha dado, en el siglo XXI, con la restitución de la zona del canal a la administración panameña. Panamá, por todo ello, nunca ha dejado de sentirse parte de la comunidad hispana de naciones, en la que siempre ha vislumbrado su futuro y porvenir.

Bienvenido sea, por ello, este trabajo que mezcla lo histórico y lo periodístico con un acierto poco común en esta época de olvido, no ya del pasado remoto sino incluso del más reciente. ■

JOSÉ ÁNGEL HERNÁNDEZ GARCÍA

EL DIABLO ES CONSERVADOR

LLANO, Alejandro,
Eunsa, Pamplona, 2001, 205 páginas.

El contenido de esta obra es más provocador aún que su título. De acuerdo con Borges, el autor se dispone en este libro, publicado con ocasión de sus bodas de plata en la cátedra universitaria, a defender una "causa perdida": la recuperación del humanismo, del humanismo cívico. A la vez que denuncia grandes problemas contemporáneos, ofrece soluciones que, si bien difíciles, no son irrealizables.

Alejandro Llano, profesor visitante de la Universidad de la Sabana, resume las dificultades de la sociedad actual en tres puntos principales: el deterioro de la enseñanza de las humanidades, la implosión de la familia y la separación entre la ética pública y la ética privada. Propone que en la raíz de estos problemas se encuentran el atomismo social y el individualismo posesivo, que son fruto de la modernidad.

Citando a Claudio Magris, justifica el título del libro mostrando que el diabólico conservadurismo no cree en el futuro ni en la esperanza e induce a aceptar

los males como si fueran inevitables y, en consecuencia, a permitirlos. Por contra, el libro se sitúa en la emergente línea de un nuevo modo de pensar, de la "nueva sensibilidad" que no se limita a criticar los errores en que ha caído la tardo-modernidad, sino que avanza una propuesta de superación, apelando a la naturaleza humana como genuina y prístina fuente de cambios positivos.

En ese cambio de paradigma se encuentran muchas de las claves del debate filosófico actual: en primer lugar, en el terreno gnoseológico, aquél implica alejarse del "paradigma de la certeza" para volver al "paradigma de la verdad", tomando lo bueno de la modernidad y abriéndolo al "pluralismo de inspiraciones, tradiciones históricas, actitudes, posibles orientaciones e inesperadas analogías".

Para hacer frente al primero de los problemas enunciados, el deterioro en la enseñanza de las Humanidades, el autor propone la reeducación del gusto:

“que lleguen de nuevo a agradar lo bello y lo bueno, y a repeler o disgustar lo soez y desvergonzado” (p. 60); y es que, contrariamente a lo que muchos piensan, “el campo de batalla decisivo no es la política ni la economía: es la cultura y la educación” (p. 31).

El Profesor Llano ofrece un certero y esforzado diagnóstico -aunque doloroso- de la principal causa de este problema cuando afirma que “a los jóvenes actuales les faltan auténticos maestros” (p. 94). Es un llamado a recordar que el protagonista nato de la educación es el estudiante, que debe aprender a trabajar hasta adquirir talento, condición indispensable para que surja -si es el caso- la genialidad (cf. p. 197). Con Aristóteles, hace ver que lo verdaderamente importante no es tanto el enseñar cuanto el aprender.

En segundo lugar -y para hacer frente a la implosión de la familia-, el autor hace otro planteamiento bien revolucionario cuando incita a “pasar del modelo de la productividad al paradigma del don” (p. 46), que conlleva las variadísimas manifestaciones que la solidaridad humana puede inventar. Ésta es una de las propuestas concretas del libro, a mi juicio de las más importantes: “descubrir la paradoja creativa de la plena autorrealización a través de la completa entrega” (p. 86).

En este ambiente toma especial importancia el tema del cuidado, entendido como “cultivo de la vida, cooperación respetuosa de las realidades con que convivimos” (p. 41). Si la familia es el ámbito principal en que tal cuidado se fomenta, éste tiene implicaciones en todos los ambientes de la sociedad. Tenemos especial urgencia de una virtud: la hospitalidad, que nos lleve a “considerar a los extraños como propios, en lugar de la hostilidad sistemática de considerar incluso a los propios como extraños” (p. 49). El autor, que se mueve en la Comunidad Europea a la que aspiran a llegar miles de migrantes, nota esta perentoria necesidad al hablar de multiculturalismo, entendido como “una integración posible de identidad y diferencia”.

Por último, el libro ofrece unas consideraciones para evitar la artificiosa separación entre ética pública y privada que se origina, como los dos aspectos ya señalados, en una antropología insuficiente, residuo del mecanicismo cartesiano que apenas ahora empezamos a quitarnos de encima. Hoy día es patente que “cuando la ética se desvincula de la vida personal y se remite a unas reglas puramente neutrales, lo que sobreviene es la desmoralización, la pérdida de la moral cívica, cuyo sustituto es entonces lo ‘políticamente correcto’”. El problema es que “el moralismo autosuficiente se resuelve en inmoralismo” (p. 85).

Una manifestación concreta de esta situación es la palmaria degradación que el cuerpo sufre cuando deja de considerarse como algo que se es y pasa a ser simplemente algo que se posee, lo cual lleva a considerar como derechos lo que no son más que violentas agresiones a la dignidad de las personas, como la eutanasia, la clonación humana, o la utilización terapéutica de los embriones humanos (cf. p. 116).

El autor propone retomar la clásica concepción teleológica de la naturaleza humana, que, según él, se manifiesta en la estructura narrativa de nuestra existencia. De acuerdo con Spaemann, señala la importancia que tiene referir el valor absoluto de cualquier mujer y de cualquier hombre a la naturaleza humana que todos ellos tienen en común (p. 87). La verdadera ética es una, sin fisuras, como una es la persona que actúa. Y su fundamento último se encuentra en la libertad, ese “factor radical que siempre se les escapa a las ideologías utópicas”, y cuya lógica consiste -son palabras de Millán-Puelles- nada más y nada menos que en la moral humana.

En la base de los tres problemas estudiados se encuentran dos consecuencias primarias del paradigma moderno, como ya se ha dicho: el atomismo social y el individualismo posesivo, que han conllevado una dramática crisis del Estado de bienestar. Frente a estas patologías, se propone retomar un fenómeno que el modelo modernista pretendía superar, aunque nunca lo logró: la dependencia, a la cual se dedica todo un capítulo del libro. “No depender de nada ni de nadie, además de imposible, sería lamentable, porque conduciría a la mayor desgracia de todas, a saber, la soledad” (p. 110).

Finalmente, el autor aborda dos ámbitos concretos de la existencia humana que, junto con la familia y con la educación, serán claves a la hora de vivir el “otro modo de pensar”, el “humanismo cívico”: se trata de la comunicación y de la empresa, las cuales ayudarán en la difícil tarea de superar la tiranía triunfante compuesta por el mercado, el Estado y los medios de comunicación. El camino pasa por recuperar “la estricta índole personal de la comunicación humana”, que lleva a la comprensión del otro, a aceptarlo en su irrepetible dignidad personal, con independencia de lo que piense. Lo cual no significa introducirse en la teoría consensual de Habermas, muestra ejemplar del relativismo cultural que padecemos. “El diálogo es una actividad interpersonal en la que la mutua comprensión se basa en un interés común en la verdad” (p. 147).

El autor estudia la situación de los países desarrollados, cuyos ramalazos llegan a nuestro medio por imitación, pues no nos detenemos a pensar si lo que im-

portamos es necesariamente bueno por el solo hecho de ser extranjero, llámese aborto, eutanasia, divorcio o armas para el conflicto. Para terminar en positivo, como es la lógica del libro reseñado, cito un aparte cuyo optimismo podemos hacer nuestro: “Es preciso situar la cooperación

y el servicio por encima de la competitividad y el poder. [...] En medio del conflicto puede fulgurar el acuerdo sobre bases nuevas” (p. 170). ■

EUCLIDES ESLAVA GÓMEZ

EL ESCRIBA DE SÍ MISMO

Ibargoyen, SAÚL.
Fundación Cultural Pascual,
colección “La inspiración nunca duerme”,
No. 13, México, 2002, 32 páginas.

El escriba fue la mano de todos. El transmisor de mensajes, el único dador de la palabra escrita. La palabra de todos que aquí el poeta-escriba convierte en propia y ofrece.

El escriba de pie¹ es un viaje, un recuento, un conjunto de preguntas sobre la escritura y el origen. Sobre el propio nombre. Un viaje realizado por el poeta, que el escriba rememora y transcribe.

Su canción al escriba –primera parte del poemario– oscila entre dos voces que no dialogan ni se responden. Una describe una geografía sin nombre donde se intuye un paisaje seco que es constante durante todo el viaje. Ahí hay pan de sol, mercaderes, una mujer envejecida y una fauna encenizada y traslúcida: garzas transparentes, pálidos peces, sutilísima libélula y vacas de basalto.

La otra voz –la voz poética– es la de un escriba erguido, viajante y en movimiento que se niega y se pronuncia a la vez. Niega lo que ha visto, lo que ha oído y lo que ha dicho:

No soy el escriba
no soy el presunto señor
de la veraz palabra.
Nada pinto ni dibujo ni grabo
ni escribo ni hablo

sólo veo una mujer polvorienta
y objetos distintos
y ajados mercaderes y pájaros
que nadie compra ni bautiza ni recuerda...

El verbo, que, al ser pronunciado, actúa. La presencia por ausencia. Cesare Pavese señala que un poeta se finge a sí mismo no saber lo que ya sabe. El escriba de pie dice: “No soy yo”, como si al decirlo quisiera advertir que es otro, al mismo tiempo la voz de tantos hombres. Esa negación a lo largo del poemario se convierte en una postura, una actitud llena de dignidad y simultáneamente de dolor:

Soy débil con toda mi fuerza
Y mis cuartillas y papiros
se agrisan y agrietan
como las verdades
que no supo escribir.

Le duelen la mujer polvorienta, el asno de ceniza y el aire que llena los pulmones del hombre cotidiano, pero no se sienta a la orilla a lamentarse, se niega a llorar. Sus voces sostienen su verticalidad donde todo está de pie: “La barca con su blancura vertical”, “el recto pincel”, “la lata pluma iluminada”, “el estandarte”.

Así continúa casi imperativo, negándose, y con furia levanta el estilete que lleva su nombre para hablar más alto y decir:

No soy escriba de nadie,
ninguna orden se introdujo en esta mano
ni en mi bolsa el precio

1 Saúl Ibargoyen, El escriba de pie, Fundación Cultural Pascual. Colección “La inspiración nunca duerme”, N° 13, México, 2002, 32 p.

de lo incierto...

Insiste con las palabras precisas y el verbo fértil, y dice que sólo es un escriba que ve y escucha. El poeta-escriba cuestiona su labor, hace recuentos y provoca. Busca, como todo poeta, la sustancia esencial de la palabra, su contenido y su significado. La busca en la raíz: "más abajo del debajo", dice. Busca el origen en el misterioso choque del cobre sumergido entre los muros de una caja de papel para encontrar las palabras irrompibles, para hacerlas primeras y luego dejarlas en soledad, en medio de un desierto que las rodea. El gran vacío de las telas de un libro blanco que el poeta quiere raspar: "hasta que la sangre de un oscuro libro aparezca".

El autor abandona la escritura para que su poesía cobre existencia, comience su vida activa y vuelva a su origen esencial: "pierde sus denominaciones" y encuentra su perfil y su nombre verdadero, su nombre secreto.

El escriba de pie les habla a todos: "al que nunca escucha", "al que siempre llama", "a ti tan solamente solo", "tan solísima", "al que no encuentra aún su casa sonora", "a los que sólo oyen la liviandad del verbo".

El poeta crea su propio bestiario: animales del aire, de la tierra y el agua, de los que sobresale la negrura de un escarabajo. Hace recordar a Maldoror con su escarabajo que conduce una bola no más terrible que el mundo; bola que hace rodar este animal de espaldas "como pétalos de petróleo florecido":

Y la bola rueda ajustándose
a los tropiezos de una esfera
de terregales y rocas inmedibles
de humanas griterías y lodo podrido

Queda preguntarnos si seremos capaces de usar el traje de escarabajo y hacer rodar nuestra bola de estiércol, nuestra rueda de sudores del día, nuestro mundo individual a través de nuestros Nilos y nuestras calles irreales.

Ibargoyen pronuncia un solo nombre propio: Nilo. Y este río, ya sea real o metafórico, se agita y se aquieta a lo largo de todo el libro.

No podía faltar el erotismo. El poeta le canta a una mujer en "El escriba en ti", donde efectúa otro viaje, uno por el cuerpo. Es ahora el escriba horizontal, el tembloroso escribiente que invita a la sensualidad y a descubrir palabras en la piel.

El escriba de pie es un recorrido que se inicia situándose en la sequedad del desierto, describiéndola, procurando el origen, y termina al cruzar el río, al subir a la barca blanca y al preguntar qué queda en la tierra que se deja, qué en el desierto, qué en el libro blanco.

Después de hacer preguntas abrumadoras que no requieren respuesta, el poeta se cuestiona en "Post scriptum".

De mí
del escriba que sólo supo hablar
con su encía personal...
del escriba presente
¿qué podrá ser escrito?

¿Qué permanece luego de la escritura, después de degollar el lápiz y escribir el nombre más propio? ¿Qué soledad envuelve y cómo ser fiel a ella y a nuestro nombre? Son algunas preguntas que provoca el final del libro, donde se reitera la búsqueda de las palabras. Sólo el lector podrá decir algo sobre este poeta que se define "apenas balbuceante", "apenas de pie".

Y como finaliza Eliot algún poema, así despido hoy al escriba de pie:

No feliz viaje.
Sino adelante, viajero. ■

GUADALUPE GALVÁN

EL VIVIENTE HUMANO

SERANI MERLO, Alejandro,
Estudios Biofilosóficos Y Antropológicos
Serie Filosofía
Ediciones Universidad de Navarra S.A.,
Pamplona, 2000,
159 páginas.

Alejandro Serani Merlo es médico, graduado por la Universidad de Chile y doctorado en Filosofía por la Universidad de Toulouse Le Mirail. También, profesor investigador de las escuelas de Medicina, Psicología y Filosofía de la Universidad de Los Andes, en Santiago de Chile. Sus campos de estudio son la neuropsiquiatría, la filosofía de la naturaleza, la antropología filosófica y la bioética.

Tras algunas experiencias en el mundo científico, que narra en tono coloquial en la introducción, Serani Merlo comprende que el ser humano es un animal de significados y que la ciencia experimental carece por sí misma de herramientas que le permitan pasar de los datos empíricos a su sentido ontológico. "El ser humano, como persona, ni se contenta ni puede contentarse con los puros datos sensibles". Para saber qué hacer con las cosas, necesita saber algo acerca de su ser: "los seres humanos queremos y necesitamos saber qué son las cosas entre las cuales vivimos y existimos, y los datos experimentales (científicos o no) no son sino el primer paso en el camino a ese saber".

Desde su tesis doctoral, *L'être vivant selon la perspective réaliste: propos pour les fondements d'une biophilosophie*, el autor afirma la necesidad de una rehabilitación de la filosofía de la naturaleza, en general, y, en particular, de una rama de ella que es la biofilosofía. "Sólo una visión filosófica del mundo puede proporcionar una comprensión del significado real de los descubrimientos científicos y de las proyecciones de las intervenciones tecnológicas. Para esto, la reflexión biofilosófica puede y debe prolongarse en una reflexión antropológica". Para Serani, la moral y, en concreto, la bioética, deambulan en medio de la oscuridad si no se fundamentan en una antropología sólidamente fundada en una visión filosófica de la realidad natural.

El viviente humano recoge algunos estudios, la mayor parte inéditos, y otros pocos que, aunque habían sido

ya publicados, se ofrecen ahora revisados y corregidos, dirigidos a un amplio sector del público interesado en el tema, por lo que el autor se esfuerza por privilegiar la claridad sobre el tecnicismo, sin perder el rigor necesario. El libro consta de dos partes, cada una de las cuales se subdivide en cuatro capítulos.

En la primera parte, Serani justifica, con base en la tendencia que experimenta el ser humano hacia la admiración y contemplación de la naturaleza y la observación de los hechos, la necesidad de buscar la unidad del saber, separándose desde el comienzo, y en forma explícita, de la visión reductivista propia del positivismo lógico defendido por el Círculo de Viena. El punto de partida de su investigación lo enunciará así: "Los seres humanos se placen en la contemplación de las obras de la naturaleza" (22).

A partir de este hecho, en el capítulo I, titulado *La biofilosofía y la unidad del saber biológico*, el autor va ascendiendo hacia la complejidad epistemológica propia del estudio de los seres vivos. "Ni la biología, ni la física, ni las matemáticas son cuerpos monolíticos y homogéneos de saber, totalmente separados unos de otros, ni es cierto que pueda establecerse un modo único de acceder a la verdad, válido para todas las ciencias, ni siquiera para las ciencias naturales" (29). El estudio racional de los seres vivos no da origen a un saber homogéneo con un método único, como tampoco a una serie de saberes independientes. "El panorama de la biología aparece más bien como el de una articulación de cuerpos de conocimiento interconectados entre sí. Cada una de las partes de este organismo del saber tiene su propia identidad epistemológica, y es posible definir para cada una de ellas un método específico y un cuerpo de conocimiento propio que puede estudiarse con relativa independencia de los demás" (37). Sin embargo, aunque trabajen con una cierta independencia, los límites entre las distintas partes del organismo biológico presentan una cierta continuidad, de manera que, aceptando la distinción formal entre ellas, es necesario afirmar que, más

allá de la separación, lo que existe en la realidad es una íntima conexión que tan sólo puede verse bajo una luz que abarque y trascienda la pluralidad, “luz de carácter filosófico que se juzga a sí misma, en cuanto ciencia, y que juzga a las demás” (38).

Por otra parte, al autor le ocupa el problema de la verdad en la ciencia y, en concreto, en la biología. En forma breve expone su opinión acerca de muchos de los esfuerzos epistemológicos contemporáneos, como los de Popper o Kuhn y sobre las principales ideologías que han servido de marco al trabajo de la ciencia experimental, el positivismo y el escepticismo, y se pregunta si “el trabajo de miles de científicos a lo largo y ancho de todo el mundo, y en distintas épocas de la historia, tiene verdaderamente algún sentido o si en realidad no lo tiene” (34).

Procura responder a la cuestión mediante la caracterización de los dos tipos de marcos teóricos que es posible encontrar en la biología: el primero corresponde al de los modelos válidos o teorías útiles, que no van en la línea de la veracidad sino de la verosimilitud; y un segundo modelo de abordaje teórico de la realidad natural correspondería al objeto de la biofilosofía, que se propone reflejar la realidad tal cual es, es decir, que busca la verdad en el sentido de fidelidad a lo real.

Comienza preguntándose, en el segundo capítulo, *Mente, cerebro y nuestra idea del hombre*, ¿Qué relación existe entre, por un lado, el funcionamiento del sistema nervioso tal como nos lo revelan hoy en día las neurociencias y, por otro lado, actividades tales como la percepción, la imaginación, la memoria, las emociones, el pensamiento, el lenguaje, los sentimientos más complejos, el actuar libre, la moral y las obras de la cultura? ¿Qué queremos decir exactamente cuando afirmamos que las funciones específicamente humanas dependen del funcionamiento cerebral? Y, en el fondo ¿cómo se entiende aquí, la expresión dependen?

En un rápido análisis de la literatura neurocientífica contemporánea en general y de las teorías anglosajonas acerca de la relación mente-cerebro, el autor trata de mostrar la necesidad de conseguir un replanteamiento completo de los problemas a partir de la unidad del ser viviente como un hecho de observación, si se quiere avanzar en la búsqueda de respuestas. “La unidad que realizan las moléculas dentro del ser vivo va mucho más allá de la suma de los enlaces químicos existentes entre ellas; estas moléculas no sólo están unidas físicamente en la unidad vital: forman parte de una nueva entidad” (50). De hecho, muchos de los planteamientos modernos asumen sin justificación la afirmación de que es el encéfalo el que conoce cuando lo que parece necesario explicar no

es cómo conoce el encéfalo sino cómo conoce el sujeto poseedor del encéfalo.

El estudio de la relación que existe entre la vida mental y la conducta animal tampoco puede reducirse a los solos aspectos cognitivos, afectivos o empíricos por separado, puesto que la simple observación de la conducta animal lleva a conocer la existencia de dos órdenes de realidades que, estando en relación con el físico corpóreo y con el de la vida vegetativa, no se reducen a estos niveles ontológicos inferiores sino que los trascienden y sobrepasan, puesto que están situados en el plano ontológico de la intencionalidad, como son: el universo del conocimiento o de la aprehensión intencional de las cosas por un sujeto y el universo de lo apetitivo o de la inclinación afectiva del sujeto hacia las cosas, lo cual revela la íntima e insoluble unión del universo físico con la conducta. La conducta animal es constitutivamente psíquica, en el sentido de que todas sus manifestaciones empíricas son resultado del conocimiento y de la afectividad, elementos en los que lo empírico encuentra finalmente su inteligibilidad y su sentido. Esta afirmación, que surge a partir de la consideración de la vida animal, aparece con mayor fuerza al considerar la conducta humana, caracterizada por la libertad.

El capítulo III, que titula *El genoma humano: mitos y realidades*, tiene como objetivo mostrar que los más modernos descubrimientos de la ciencia, no por sí mismos sino por la concepción filosófica de persona humana que les subyace, pueden desviarse, no orientándose a la persona; por ejemplo, pretender que en el material genético radica la esencia de la vida y que modificar el material genético equivale a transformar la naturaleza última de los seres vivos deriva del planteamiento filosófico que reduce a los seres vivos y, por lo tanto, a la persona humana, a sus componentes materiales.

Por otra parte, la naturaleza humana es lo que es, e intentar modificarla al margen de ella misma es tan ilusorio como pretender modificar la ley de la gravedad. “El perfeccionamiento de la naturaleza humana va en la línea de desplegar toda la multitud de sus virtualidades, y ése es el camino de la mejora de la salud física, psíquica o moral de las personas o de las comunidades. Pretender el perfeccionamiento de la naturaleza humana por otras vías es ilusorio” (76).

En el capítulo IV, *El estatuto antropológico del embrión humano*, Serani parte de la consideración del interrogante multisecular del comienzo de la vida humana y de los alcances y límites de sus manifestaciones sensibles, invitando a aprovechar los instrumentos conceptuales de la filosofía clásica, que permitió una concepción adecuada

de la realidad de la persona humana “concepción que constituye la base cultural de la vida civilizada” (82).

Tras un breve análisis de las posturas modernas y de su giro hacia una consideración subjetivista, nuestro autor responde a las principales objeciones acerca de la humanidad del cigoto, de la naturaleza del embrión humano y de su dignidad personal.

La segunda parte la dedica Serani al estudio comparativo de la conducta animal y de la conducta humana. Titula el primer capítulo Introducción al estudio de la conducta animal, y en él se propone mostrar cómo toda conducta animal supone al menos tres elementos que considera básicos. Éstos son: un conocimiento, una inclinación (afectiva) y un desplazamiento, afirmando que, en cuanto más complejo y variado es el conocimiento del animal, más complejas y variadas son sus emociones, lo mismo que sus conductas. Pero ¿qué ocurre con las conductas “internamente generadas o instintivas como, por ejemplo, la construcción de un nido, las migraciones o la elaboración de una telaraña? ¿Cuál es el modo de entender esta dependencia de la actividad psíquica en relación con las estructuras anatómicas? ¿De qué manera exacta se realiza el despliegue de la conducta instintiva? ¿Cómo se adquiere en la historia de las especies y cómo se transmite? Interrogantes, todos éstos, que son tan difíciles de responder hoy como lo fueron para los antiguos filósofos.

En el capítulo II, La persona humana como animal racional: libertad y moralidad, examina, de modo análogo a como lo hiciera con el “paso” de la vida vegetativa a la vida animal, los efectos producidos en la conducta por el surgimiento de un nuevo género de conocimiento y de afectividad, como lo son el conocimiento y la afectividad intelectuales. Para ello, parte de un análisis fenomenológico de la conducta propiamente humana, para preguntarse por la libertad: ¿qué es lo que hace posible la libertad, ese poder radical que lleva al hombre a hacer algo o a no hacer nada, a querer o a no querer, a amar o a odiar? y ¿en qué y hasta qué punto es libre el sujeto humano? Si la voluntad es un apetito de bien (apetito intelectual) y por ella el individuo se dirige a todas las cosas en cuanto las concibe ligadas a lo que considera que es su bien total ¿cómo es

posible que pueda voluntariamente hacer el mal? ¿Cómo se produce la opción por el bien total?

El capítulo III profundiza en la Raíz biológica de la sexualidad humana, procurando un acercamiento primario y fundamental a una realidad que es, para la filosofía y para la ciencia, un fenómeno extraordinariamente interesante, a la vez que altamente complejo. Para ello, el autor divide el capítulo en dos partes: en la primera describe el surgimiento de la sexualidad en la historia de los seres y hace un análisis de las razones tentativas, científicas y filosóficas de su aparición; y en la segunda describe la conducta sexual del mundo de los seres vivos y su relación con la conducta sexual humana.

Finalmente, en el capítulo IV estudia específicamente El comportamiento sexual humano, examinando cuáles son los elementos nuevos que se agregan a los ya constatados en los primeros niveles de la vida, para conocer cómo se articulan entre ellos, concluyendo que la conducta sexual humana es, y debe ser, un encuentro entre personas en el que se deben cumplir determinadas exigencias de carácter antropológico y ético. Sólo así, “la sexualidad humana termina superando, a través de la unidad de vida posibilitada por el amor conyugal, la división de la especie en sexos complementarios, división que la Naturaleza produjo en el corazón mismo de la vida biológica” (159).

Siguiendo las palabras del autor al final de la Introducción, en el texto se percibe un gran esfuerzo por lograr que los elementos de orden científico sean comprensibles para cualquier persona que posea las bases de las ciencias naturales, al tiempo que procura que los elementos filosóficos sean también accesibles. Plantea problemas e interrogantes que muchas veces quedan abiertos, como caminos por explorar, y evita el exceso de erudición académica y el recurso a particularismos de escuela que, en otras circunstancias, podrían tener su lugar; pero no aquí, en un libro que es eminentemente de divulgación. ■

INÉS CALDERÓN JIMÉNEZ

EQUILIBRISTAS

VARÓN, Policarpo,
Ed. Gente Nueva, Bogotá, 2001.
125 páginas.

a cuentística de Policarpo Varón representa, ante todo, una expresión autobiográfica como el propio autor nos lo revela, aunque de manera tácita, a través del “Epílogo” de la obra *Equilibristas*, en donde además nos habla de su principio activo, es decir de su “capacidad de elegir, de amar, de negar y de afirmar” (pág. 121), y ya de entrada o, mejor dicho, de salida, es significativo que sus rasgos biográficos sean incorporados precisamente como conclusión del libro, como si fueran parte del libro de cuentos como un cuento más, como si su vida hiciera parte de la obra: melancólicamente, presagia a su vida como final con tutti de la obra (¿y viceversa?). En últimas, ¿qué es un final sino un nuevo comienzo?

A lo largo de su vida, Varón ha escrito un largo y único cuento desde la década de los años sesenta o antes, a pesar de caracterizarse su narrativa por ser breve. Pero también su vida es igualmente breve: nació en 1941 en Ibagué, departamento del Tolima, Colombia. Y el mismo autor nos revela: “Mucho tiempo he pensado que los pavorosos prejuicios religiosos, de bandera partidista y culturales, vividos por Colombia durante mi infancia y mi adolescencia afectaron mi psiquismo y mis comportamientos hasta hoy”, (pág. 121).

Otra característica importante de su literatura es mostrarse él –y así desnuda la condición humana– como un hombre que goza –aunque vea la felicidad desde un recuerdo nostálgico– pero que también padece su oficio. Y al traspasarnos un personaje que resulta ser él mismo, o los seres con quienes interactúa, el autor hace lo que muchísimos escritores en la historia de la literatura han hecho expresa o veladamente (recordemos a Proust, Joyce, a Pavese, los que nos parecen más influyentes en Varón, aunque él no los nombre a todos ellos, y por supuesto, directamente como cuentistas, a Cortázar, Borges y a Quiroga, ya lo veremos). Tanto en este “Epílogo” como en varios de sus cuentos hace referencia al universo intelectual y cultural que ha ejercido influjo en su producción literaria, bagaje que se ha venido ampliando al trasegar los caminos de su terruño y los de algunos pocos países cercanos.

El periplo de sus letras (la circunnavegación, porque parece anhelar volver al punto de partida) quiere ser el mismo que va desde su natal Villa de San Bonifacio de Ibagué a Medellín y desde ésta de vuelta hacia la otra, claro, con estaciones en Buenos Aires, Bogotá, Charleston, San Bernardo de los Vientos, La Tebaida, etc., itinerarios reales e imaginarios, lo que se infiere de lo leído en aquel epílogo autobiográfico y en las únicas obras conseguidas por quien aquí escribe, pues es preciso confesar, no por temor a la ausencia de rigor de la que pueda padecer esta reseña sino por la pena que nos causa la poca difusión de nuestros autores literarios y de su trabajo, que, en nuestro intento de conseguir los otros libros publicados por el autor, nos frustramos.

Se ha hablado ya en innumerables ocasiones de la vinculación vivencial de los autores literarios a la obra que elaboran y se ha enfocado desde diferentes ángulos, pero en el caso colombiano de Varón encontramos un mérito que nos parece que comparte con Andrés Caicedo, aunque representen generaciones no disímiles en el tiempo, pero diferentes en sus propuestas, y eso a pesar de ser cercanos en la vislumbre existencial, desesperanzada: es el hecho de querer mostrarse al desnudo, incluso descarnado (lo que nos hace recordar las imágenes de un reciente video musical de Robbie Williams, aunque seguramente él preferiría la analogía con un tango), ser y no aparentar a través de las peripecias y tragicomedias, pero, sobre todo, tragedias, que se procura sobrellevar cuando se ha elegido ser escritor o la literatura lo ha elegido a uno y cuando otros oficios deben ser los que procuren el sustento económico.

Esa lucha quizá no esté mejor expresada que en su cuento “La espléndida casa de la decadencia” que cierra su libro *El falso sueño*, donde el personaje (él mismo), tras su propósito de reencontrarse con una antigua amiga (Rosina, el personaje femenino que se idealiza como un primer amor persistente en la memoria y la nostalgia a lo largo de buena parte de su cuentística estudiada), dice:

Reconocer una casa, repasar una calle, oír una canción o visitar un amigo son algunas de las cosas que

se nos han dado a los hombres para recordar que un día fuimos felices [...] Como en un sueño regresé veinticinco años atrás al tiempo en que me deslizaba callado por entre esas casas [...] ¿Qué hacía yo? No quise decirle en qué me había convertido: un profesor mediocre y mal pagado que hacía notas los fines de semana para revistas y periódicos. Se hubiera reído (también le habían sido concedidas la risa y la burla) o le hubiera parecido un tipo sospechoso. (pág. 149).

El cuento termina con esta otra confesión del “personaje”: “Cuando me despedí pensé que era la última vez que se me permitía entrar a ese jardín deshecho. Le había dado a Rosina el mejor motivo para que me olvidara. Después de todo, yo no soy más que un hombre a quien las mujeres olvidan o no quieren recordar” (pág. 150).

Casualmente, respecto a esa obra y a su propuesta literaria, otra intimidad biográfica nos revela Policarpo en el “Epílogo” analizado, donde hace manifiesto, además, su talante de educador: “Escribiendo mi segundo libro de cuentos –El falso sueño– comencé a meditar el principio activo de mis cuentos: lenguaje, estructura, argumento. Creo hoy, agosto del 2000, que he terminado *Equilibristas*, que en mis cuentos privilegio el lenguaje y el argumento –no la trama ni el desenlace–”. Y con lo que agrega nos confirma su complicidad vivencial en el cultivo literario y nos devela la razón de ser de su compromiso encarnado, que lo transparenta en su capacidad de recordar y recordarse sin heroizar su gesta ni la de su pueblo: el esfuerzo por vivir con dignidad:

...que de una anécdota, situación o imagen que re veo o recuerdo, aquello que constituye el estímulo inicial de mis cuentos, busco elaborar la ficción, ‘la poesía activa’, que logro estudiando y desdoblado la anécdota, la situación o la imagen que inicialmente me ha conmovido, con la cándida esperanza de que el lector encuentre una parábola general de la vida o del hombre (pág. 123).

Así, a partir de su “poesía activa” y de su “principio activo” puede el lector entender la tragedia, la epopeya, la dualidad, la disyuntiva, la paradoja que constituye esa “cuerda floja” por la que transita este equilibrista de la literatura, que, al no poder huir de su propio corazón, lo presenta constreñido, apretado en las propias manos de escritor, por las que destilan, confundidas, sangre y tinta.

Pero es otro su más conocido cuento, y como señala el propio Policarpo:

Antólogos de Colombia, de Uruguay, de Cuba, de México, de Alemania, de Francia, de Gran Bretaña, de Estados Unidos y de Egipto han compilado antologías de

cuentos hispanoamericanos y colombianos que incluyen mis cuentos, casi siempre “El festín”, de 1966 –de verdad lo han privilegiado los compiladores–. Lo compuse y recompose varias veces hasta encontrar su tratamiento verbal, su entonación necesaria en la tradición latinoamericana y en los particularismos lexicales y sintácticos del Tolima de los cuarenta y cincuenta (pág. 123).

Lo que nos dice ya de sus métodos de composición y de la naturaleza de esa primigenia narración de su cuentística, además del aspecto que marcó por mucho tiempo, casi que estereotipadamente, la temática de la cuentística latinoamericana, arraigada a su terruño con “garras” lingüísticas, tezón de denuncia y a la manera de ser tradicional, que hasta al mismo Borges sedujo, como se percibe en sus temas de la pampa y los duelos de cuchillos, miradas y palabras de la tierra, influjo cuentístico a su vez expresado por Borges a propósito de su Libro de arena: “He querido ser fiel, en estos ejercicios de ciego, al ejemplo de Wells: la conjunción de un estilo llano, a veces casi oral, y de un argumento imposible”.

Al decir que “El festín” ha sido privilegiado por los antologistas, el autor quizá nos quiera decir que él prefiere otros relatos y no necesariamente que aquél cuento no merezca dicha consideración, pues en ese cuento, y dentro del contexto citado, utiliza los recursos con estilo y propiedad: su lenguaje aflora y fluye con fuerza descomunal y envolvente, pues su obra refleja, ante todo, su idiosincrasia.

Son variadas las influencias que ha tenido Varón, pero el evidente influjo de las vanguardias en su trabajo posterior a la tradición de “El festín”, nos permite pensar que si aquéllas fueron las vanguardias, ahora tendrán que ser solamente guardias, seguramente guardias de los hallazgos realizados por esos pioneros o intento de unos nuevos o renovados: los recursos estilísticos y retóricos de Varón en *Equilibristas* lo denotan: prolongados puntos suspensivos y guiones (....., —————) que muestran ese afán a través de su cuentística por preservar usos e ideas vanguardistas de sus maestros, aunque por lo solitario de su labor y la ausencia de una propuesta más palpable, más concreta, se pierde, aunque sí cristaliza, definitivamente, en un uso de un lenguaje vivencial y no falso, como dice su maestro Cortázar: “Es necesario encontrar un lenguaje literario que llegue a tener la espontaneidad, el mismo derecho que nuestro hermoso, inteligente, rico y hasta deslumbrante estilo oral” (pág. 21).

Existe una saga bastante nutrida de sus artículos y reseñas literarias en torno a diversos autores (Biblioteca Luis Ángel Arango), pero quizá el más representativo

sea este trabajo acabado de citar sobre Julio Cortázar en *Todos los fuegos el fuego*, editado por Norma en la colección *Cara y Cruz*. En “A propósito del autor”, a poco tiempo de la muerte del hombre que no paraba de crecer, dice Policarpo Varón: “En su conferencia sobre el cuento, Cortázar definió el género, mencionó los cuentistas que prefería, nombró algunos cuentos ejemplares en su opinión: William Wilson de Poe, La dama del perrito de Chéjov, Tlön, Uqbar, Orbis Tertius de Jorge Luis Borges y Bola de sebo de Maupassant. Estas preferencias (preferencias en procedimientos, lenguaje, anécdotas, solución de la trama) se aproximan al arte cuentístico de Cortázar” (pág. 21), testimonio que coincide en la aproximación a sus propios procedimientos compositivos y al “Decálogo del cuentista” –sobre todo, al primer punto– de Horacio Quiroga, que, junto a su “Manual del perfecto cuentista”, constituyen la escuela de toda una generación de cuentistas: “Cree en el maestro –Poe, Maupassant, Kipling, Chéjov– como en Dios mismo”.

Pero, a pesar de la legión, no innumerable sino tediosa si la enumeráramos toda, de amigos que tiene Varón en la literatura universal, hispanoamericana y colombiana, “tantos amigos memorables, queribles amigos” que la literatura le ha dado y lo confortan, a la vez que nos da la clave del título de su libro de cuentos, Policarpo

nos hace una confesión final en su “Epílogo”: “Vivo solo desde hace algunos años, intentando aclimatarme en la soledad (no en el silencio), pero en la exaltada y permanente tarea que ha sido mi vida y mi educación me han ayudado mis padres, mi esposa, mis dos hijos, Germán y Daniel, mis cuatro hermanos, mis nietas, mi nuera, los médicos –porque el escritor, porque todos nos parecemos al equilibrista, a veces estoy a punto de caer– las mujeres y algunos maestros.....” (pág. 125).

Nosotros preferimos terminar con el final (Lágrimas de placer) de su hermoso cuento “Nefelibata” de la obra que reseñamos, hablando de otro personaje de su narrativa, García Sarmiento que como el propio escritor “pobló su mente de formas: poetas, cuentos, novelistas, mujeres, viajes, formas políticas, figuras pedagógicas, situaciones amorosas, ciudades, países felices, paisajes, parajes.....”: “Tal vez la verdad de G. Sarmiento esté en esta afirmación –¿autobiográfica?– de Dad un paso a la bohemia: ‘Durante los treinta y seis años de mi vida consciente amé la belleza, el amor, la justicia, la educación. Moriré amando, sabio. Si volviera a vivir haría otro tanto (pág. 74). ■

EDILBERTO QUIMBAYA GÓMEZ

II LAVORO NELL'INSEGNAMENTO DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVA

FARO, Giorgio.

Agrilavoro Edizioni (coll. “Cristiani nel mondo / Testimoni 3”),
Roma, 2000, 174 páginas.

El autor, profesor de ética especial en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma, se propone, en esta obra, presentar bajo una luz nueva las diversas facetas del trabajo, teniendo como telón de fondo las enseñanzas y el mensaje del fundador del Opus Dei, el beato Josemaría Escrivá de Balaguer.

No sé si interpreto bien el pensamiento del profesor Faro si digo que dividiría la obra en dos secciones, aun cuando ella contenga cinco capítulos y presente un tejido literario bastante coherente. Creo, sin embargo, que se puede ofrecer de este modo una visión de conjunto del libro

teniendo en cuenta sus aspectos fundamentales, es decir, la reflexión del autor en torno al trabajo, iluminado por la doctrina del beato Escrivá de Balaguer, y la presentación de una serie de textos, convenientemente hilvanados, que ponen de relieve algunos aspectos que en la consideración inicial no venían señalados suficientemente.

En la primera sección se estudia el trabajo desde tres puntos de vista o “módulos”. Se invita, en estos tres primeros capítulos, a realizar un viaje, en el que cada una de las tres etapas corresponde a una de las perspectivas que el autor describe. La primera de ellas comprende un

análisis filosófico-antropológico que siembra los fundamentos de una correcta comprensión del trabajo humano. El autor pone en juego el ser y el obrar de la persona en su íntima relación existencial, haciendo ver que no sólo el obrar sigue al ser sino que lo modifica hasta el punto de poder decir que el propio obrar genera una “segunda naturaleza”.

La segunda parte del libro profundiza en la doctrina del fundador del Opus Dei sobre el trabajo. Viene presentada como la llegada al punto de destino y como visita al personaje que se está estudiando. Los dos capítulos finales constituyen, en efecto, una visita, un entretenerse con el fundador del Opus Dei, su pensamiento y sus escritos. A este propósito, quisiera resaltar una frase, unas palabras de la Escritura que “oyó” en su alma –lo “cuela divina”, la llamaba– en el año de 1933: “cuando yo sea levantado en alto, todo lo atraeré hacia mí”. Esto significa poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas, lo que supone colaborar eficazmente en la historia salutis, aun cuando se trate de una actividad que a primera vista se pudiera calificar de “profana”; por otro lado, implica estar metido en la entraña de la sociedad, en medio de todas las actividades humanas. Faro pone también de relieve la

enseñanza del beato Josemaría en torno a la bondad de la creación, al hecho de que el mundo es bueno porque ha salido de las manos de Dios.

Sin pretender sobrevalorar la realidad del trabajo, el autor hace ver todas las posibilidades de bondad y de perfeccionamiento integral que encierra el quehacer humano. A mi modo de ver, se descubre, en medio de esas tres interesantes perspectivas que presenta el profesor Faro –acompañadas, entre otras cosas, de ejemplos ilustrativos, de situaciones vitales y de anécdotas que hacen ver la lógica del trabajo humano en la historia del pensamiento–, un hilo conductor de todo el libro, y esa es la realidad antropológico-teológica de la unidad de vida. Quizá el mejor modo de describirla sean las mismas palabras que el fundador del Opus Dei pronunció en 1967: “en la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no: donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria” (Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer, Rialp, Madrid, 1968, 116). ■

BERNARDO ESTRADA

LOS IMPOSTORES

GAMBOA, Santiago, Seix Barral, Bogotá, 2002, 351 páginas.

us personajes buscan lo que para él, Santiago Gamboa, resulta más cuestionable: una experiencia capaz de revelarles el sentido, de distanciarlos de la mediocridad de sus vidas, de su insatisfacción. Por esa razón los considera impostores.

Es natural. Su cosmovisión está sustentada sobre la idea de que nacemos perdedores porque perderemos al final: “nos vamos a morir todos, eso es algo que no se puede cambiar y eso altera la visión que tenemos de todo”¹. Por eso considera que la búsqueda del sentido y los esfuerzos aparatosos por cambiar el curso de las cosas resultan vacuos, por cuanto el final, la muerte, es inmodificable.

Así, las peripecias de sus personajes degeneran en simple caricatura. Enfatizar en el absurdo y la paradoja es quizá la razón por la que un contexto ambicioso, prueba fehaciente de la erudición del autor, se reduce a un simple pretexto de escritura, se desperdicia y se subutiliza.

Chouchén Otálora (escritor peruano de baja monta), Gisbert Klauss (filólogo en busca de un código revelador del sentido universal) y Suárez Salcedo (periodista colombiano y escritor frustrado) se encuentran en Pekín, arrastrados por el destino, para protagonizar una historia detectivesca de la que nunca serán totalmente conscientes.

Un hombre misterioso, Régis, aguarda por ellos escondido en un monasterio mientras custodia el manuscrito “Lejanas transparencias del aire”, de Wang Mian, el deto-

1 Cfr. La entrevista concedida a María Claudia Zaruma de El País de Cali, en: www.javeriana.edu.co/pensar/entre.htm

nador de la trama, el punto de encuentro entre todos los personajes. Ése es, en líneas generales, el argumento de *Los impostores* (2002), la reciente producción del colombiano Santiago Gamboa, uno de los autores más representativos de la nueva generación de escritores colombianos a la que pertenecen también Mario Mendoza –Premio Seix Barral (2002)–, Héctor Abad Faciolince, Juan Carlos Botero, Enrique Serrano y Juan Gabriel Vásquez, entre otros.

Los impostores recoge la fascinación del autor por la cultura oriental, especialmente por Pekín, ciudad a la que viaja desde hace dos años con cierta regularidad para preparar una película con Sergio Cabrera. Al mismo tiempo, canaliza uno de sus deseos más profundos: lograr un argumento que se desenvuelva no sólo en un lugar diferente a su país de origen sino en un espacio con una lengua distinta, fenómeno que no le parece usual entre las creaciones hispanoamericanas, como, en cambio, sí ocurre con frecuencia y naturalidad en las narraciones anglosajonas.

Ese contexto grandilocuente, que recuerda la revolución de los bóxers –grupo secreto que desde 1898 hasta 1901 intentó extirpar de China cualquier manifestación occidental–, le permite fundir dos elementos coyunturales dentro de su cosmovisión: la primera, su sensación de que el paso de la realidad a la literatura requiere una visión que “necesariamente tiene que partir de una esperanza y acabar en una situación de desesperanza”² y, la segunda, su certeza de que a pesar de esa desesperanza sus protagonistas pueden alcanzar la redención a través de una experiencia atravesada por la literatura.

Sus personajes se trasladan movidos por sus sueños. Suárez Salcedo, el periodista, decide viajar en busca de la crónica ideal sobre la situación de los católicos en Pekín. Chouchén Otálora, el escritor, intenta encontrar sus raíces para escribir una novela y demostrarle al mundo que él, a pesar de la opinión de sus críticos, no es un “don nadie”. Gisbert Klauss, el filólogo, persigue un contacto profundo con la literatura china por cuanto presiente que en esas páginas reside su posibilidad de ser feliz.

Al adentrarse en la literatura china, la irradiación de algo nuevo hizo vibrar su corazón, opacando las ondas del intelecto. La limpia precisión de los versos de Li Po, por poner un ejemplo conocido, conmovieron sus fibras más íntimas sin que él llegara a saber por qué. “¿Cuál es ese extraño sistema que desconozco y que me hace feliz?”, llegó a preguntarse una noche, temblando de emoción ante

una página de Lin Hsú... Esas páginas eran el envoltorio perfecto para su alma, más allá de la razón, frente a las cuales las armas de su oficio se quebraban como lanzas de cristal. “Ese sistema se llama Literatura”, se dijo una noche, “toda mi vida lo he tenido delante de la nariz, sin llegar jamás a descubrirlo” (pág. 39).

Ninguno de ellos culminará su gesta. Suárez Salcedo no escribe la crónica que tenía planeada. Por el contrario, es obligado a contactar a Règis para recibir de sus manos las “Lejanas transparencias del aire” y trasladarlas a París. Suárez Salcedo no tiene claro por qué es importante “poner a salvo” el documento, pero ésa es su misión: la aventura que lo libera frágilmente de su anonimato.

Desenlaces similares acompañan las experiencias de los demás personajes. Gisbert Klauss se ve implicado como sospechoso de espionaje por ir tras los escritos de Wang Mian, y Chouchén Otálora, después de unirse al grupo secreto Lirio Blanco –simpatizantes de las ideas de los extintos bóxers– termina persiguiendo al periodista y al filólogo, dos inocentes como él, dos impostores.

Chouchén Otálora se une a la causa del grupo Lirio Blanco porque recibe de ellos la noticia de que es descendiente –nieto– del fundador de los bóxers. Su hallazgo le reporta un aliciente de humo no sólo porque representa una gloria pasada sino por que la anécdota nunca se tradujo en la composición de la novela con la que soñaba: el móvil de su viaje.

Así transcurren las vidas de los personajes de Gamboa. Son vidas estancadas, circulares. Vidas que se desgastan en el instante, sin futuro. Para ellos sólo es posible la ilusión fatua, la empresa intrascendente. “Si uno es consciente de que va a morir, todo lo que no sea placer carece de sentido” (pág. 344): así entiende la realidad Chouchén Otálora, así la entiende también su creador.

Para todos ellos, el único impulso real, el único motor, aunque no les permita concretar acciones sobresalientes, reside en el acercamiento a la literatura: para interpretarla, para escribirla, para ponerla a salvo o para protagonizarla, todos ellos se verán impulsados por la palabra impresa, por el fenómeno literario, que es acción y es principio. ■

MÓNICA MONTES BETANCOURT

2 Ibid.

PEDAGOGÍA DEL CORAZÓN.

Para una mejor comprensión de la vida y del amor.

TAMÉS, María Adela, Promesa,
San José de Costa Rica, 2001, 82 páginas.

primera vista, el tema se percibe como evidente. Se encara con algo de presunción, y hasta de vanidad, en el sentido de mostrarlo o sentirlo la mayoría de personas como tan inherente y propio que no requeriría ser tratado; casi que en la expresión coloquial, popular y prosaica de “¿enseñarle a su papá a hacer hijos?” Otros dirían: “¿Educación de la afectividad?, ¿será del sexo?” Pero esta obra muestra que quienes piensan así perciben sesgadamente el término y han desdeñado la integralidad del concepto, que es la del ser humano.

Los unos, por creer que el hecho de saberse creado y concebido por amor garantiza profesarlo, y por pensar que no se necesita de educación para ser madre o padre de familia; los otros, por limitar a lo genital la expresión amorosa y circunscribir a ello la relación de pareja, algo que lleva rápidamente a quienes así lo hacen al fracaso y la insatisfacción y que, forzosamente, terminará afectando a inocentes ajenos a dichas circunstancias, quienes por lo general reproducen los modelos de comportamiento. Además, el amor no se limita a la relación de pareja, pues es esencia supuesta de toda relación humana, no sólo entre amigos y conocidos, sino también entre congéneres, aun sin conocerse; y, también, el ideal en sus relaciones con todos los demás seres de la creación y con la creación misma.

Este amor diverso y amplio ha sido predicado por todas las religiones en todas las épocas pero muy escasamente practicado por la humanidad.

Varios autores lo han estudiado, y sin importar cómo se denomine: –afecto, caridad, querer, cariño, amor– es el crisol de la vida, razón de ser de la existencia divina y humana, esencia, entonces, de las relaciones humanas y del ser humano con su entorno; y por ser tan nuestro, tan propio, se nos manifiesta como ajeno: semejante al lenguaje, que aprendemos también desde niños. Pero así como el uso adecuado del lenguaje se descuida por ser éste tan innato, olvidamos cultivar el amor como una pequeña flor, frágil y necesitada, similar a la de El principito; en nuestra soberbia, entendemos más el amor como

algo para recibir que para entregar. Creemos que el amor es ofrecerles cosas a los otros, incluso compañía, pero no siempre respetamos su libertad, su autonomía, que es quizá más importante.

Es obvio que se necesita de la conciliación entre idealidad y realidad.

Por eso, el texto, desde el comienzo y desde la visión cristiana del ser, aborda un tema que la autora ha trabajado concienzudamente: la persona humana y su dimensión afectiva.

Su amplia experiencia como educadora, forjadora de centros educativos y orientadora de niños, jóvenes y familias, de comunidades enteras, es decir, como cultivadora de frágiles flores y necesitados jardines, le permite a la autora, María Adela Tamés, partir de textos tan profundos y elaborados de filosofía de la educación como *El desarrollo humano*, un reto de nuestro tiempo hacia el siglo XXI, hasta textos sencillos como éste, abordar el complejo tema de la forma más accesible para sus potenciales lectores, a la manera de práctico manual; aunque la obra posee una clara orientación pedagógica, podemos ser sus lectores todos aquellos que, de alguna manera u otra, hemos desdibujado la noción del amor o hemos desatinado el rumbo con tanto engañoso puerto que en la actualidad constituyen los deslumbrantes destellos de innovadoras ideas delimitadas por el consumismo y novísimas tecnologías que proclaman incluso un amor virtual.

Una sociedad cada vez más ilustrada pero despersonalizada, y con mejores expectativas de vida pero no de amor, no ha garantizado aún su felicidad y satisfacción plenas en la medida de las posibilidades, pues ante el vertiginoso avance tecnológico se vislumbra un preocupante atraso ético. A propósito, cita María Adela Tamés a Alexis Carrel, refiriéndose a la educación en los Estados Unidos, paradigma de esa nueva forma de vida:

A pesar de las inmensas sumas gastadas en la educación de los niños y de los jóvenes en los Estados Unidos,

la élite intelectual no parece haber aumentado. El hombre y la mujer de tipo medio se hallan, sin duda alguna, más instruidos y son, al menos superficialmente, más refinados. Es mayor el gusto por la lectura. El público compra más revistas y libros que en otros tiempos. El número de personas que se interesan por la ciencia, las letras y el arte ha aumentado. Pero a muchas de ellas les atraen más que nada las formas inferiores de la literatura y las imitaciones de las ciencias o del arte [...] En la civilización moderna, el individuo se caracteriza por una actividad más enérgica, enteramente dirigida hacia el lado práctico de la vida, por mucha ignorancia, por una cierta sagacidad y por una especie de debilidad mental que lo deja a merced de la influencia del ambiente en que casualmente se encuentra. Parece que la misma inteligencia retrocede cuando el carácter se debilita [...] En los Estados Unidos el nivel intelectual continúa bajo, a pesar del creciente número de escuelas y universidades (pág. 25).

Son variados e interesantes también los ejercicios que recomienda la doctora Tamés para fortalecer la afectividad desde la educación esencial, en la familia o en las instituciones educativas, a través de los quince capítulos y la Promesa final: La persona humana y su dimensión afectiva; La afectividad, una dimensión olvidada en la educación; El corazón humano y sus dimensiones; La comprensión integral de la persona y la afectividad; La afectividad en la etapa de estudios primarios; La afectividad en los adolescentes; Las dimensiones de la educación para el amor; La educación para el amor en la infancia; Educación para el amor en la adolescencia; La afectividad en los cinco primeros años de la vida; La

justicia, la generosidad y la paz; Preparación para el matrimonio y llegada de los hijos; La relación matrimonial y la realidad sacramental del matrimonio; Los conflictos familiares, consecuencias para los hijos, y El sentido cristiano del amor familiar y la Navidad.

Promesa es el Proyecto Cultural de Interrelación de las Artes que nació en 1982 como servicio al mundo cultural y que se ha encargado de editar valiosas obras, como la prestigiosa Colección de poesía, conformada por cuarenta y dos poemarios, o ensayos de formulación de su Estética, con títulos tan pertinentes y atractivos como Arte y persona, Persona y cultura y La dimensión ética de la experiencia estética. Además, cuenta con una importante realización de videos. Buena parte de tan diversa producción cultural ha sido llevada a seminarios y congresos nacionales e internacionales, y algunas de sus obras han sido galardonadas con premios nacionales e internacionales.

Lo más interesante de dicho proyecto cultural es la interacción que ha generado entre pedagogos, intelectuales y artistas de diversas latitudes, como Austria, Colombia, Estados Unidos, España, Guatemala, y Perú entre otros países. Pertenecen al Consejo Editorial Internacional los doctores Abilio Lozano Caballero y Juan Carlos Vergara Silva, por el Instituto Caro y Cuervo; Cecilia Balcázar, Héctor Ocampo y David Mejía Velilla, por la Academia Colombiana de la Lengua, y, por la Academia Colombiana de Educación, María Adela Tamés, la autora de esta científica y muy afable obra de amor. ■

SCHOPENHAUER COMO EDUCADOR.

Nota crítica a la tercera intempestiva a partir del estudio de *Sobre la verdad y mentira en sentido extramoral*.

NIETZSCHE, Friedrich,
Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2000.
Traducción de Jacobo Muñoz

os viejos pensadores buscaron con todas sus fuerzas la felicidad y la verdad, y como dice una maligna ley de la naturaleza, el hombre jamás encontrará lo que no puede sino buscar.

F. Nietzsche, Schopenhauer como educador. (p.

66).

La permanencia estable de la verdad, postulada desde la metafísica de inspiración platónica, es el blanco de la crítica de Nietzsche al pensamiento occidental. En Schopenhauer como educador –la tercera de sus intem-

pestitivas– y en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, enfrenta, respectivamente, la cuestión del papel del filósofo –el único hombre consciente de su inconsciencia y de la imposibilidad de conocer algo como verdad– y la del conocimiento –que, según él, se cifra en la aparición inconsciente de falsedades por pretender una supuesta identidad frente a lo natural.

Cada hombre, creado por la naturaleza, es un misterio único. Su singularidad no es estática y rompe con lo anterior a él, dice Nietzsche. Sin embargo, la pereza contemplativa –en la que ha caído la mayoría de los hombres– hace peligrar la singularidad humana. Las ideologías y los conceptos han dado muerte a la realidad: el hombre rehúye la alteración de lo permanente –y, por eso, estéril– escondiendo su comodidad en la aprobación de la opinión pública, de la cultura en boga.

En su época –y, ante todo, en Alemania–, sostiene Nietzsche, los hombres son educados para amoldarse a la cultura y para que admitan y sigan ciegamente el poder político. Poder que no existiría sin amoldamiento: no es más que poder de amoldar a los demás. Lo «encontrado» por los científicos, los historiadores, los sabios, es, necesariamente, coherente con la cultura y los intereses del Estado. La incoherencia y el desconcierto advienen con los hombres extraordinarios: verdaderos filósofos y educadores que se arriesgan a desencubrir el olvido de cuestiones radicales instaurado por la exigencia de la moda y de la opinión. Los filósofos educadores –realmente liberadores– han notado que lo característico de cada hombre es su esencia carente de determinación, de exigencias culturales. Arthur Schopenhauer fue uno de ellos.

Schopenhauer habla de vida heroica, de la vida que, ante explicaciones convencionales, se aferra a un grito: ¡quiero seguir siendo mío! Una vida que se mortifica preguntando: ¿por qué vivo?, ¿qué lección he de sacar de la vida?, ¿cómo he llegado a ser lo que soy y por qué sufro por ser precisamente así? Los héroes quieren conocerlo todo, pero no idealmente; lo conocen desde la miseria y partiendo del propio desvalimiento: olvido-de-sí-mismo desde un ver el sí-mismo en una lejanía casi inalcanzable.

El ideal está vacío de vida por no relacionarse con ella. No hay ideal presente; por eso, es necesario el sacrificio, que permitirá lograr el ideal después de la muerte, pues el ideal está solamente al final, según Schopenhauer. Pero Nietzsche no piensa en ningún fin, o ideal, y desprecia el sacrificio. Rompe aquí con su maestro. La verdad no ha sido opacada por la miseria: debajo de las falsedades entrevistas por Schopenhauer sólo hay nada; la miseria

ha sido generada por la pretensión de verdad. El gran pensador es quien se dirige a destruir esta pretensión.

Por eso, la erudición y la ciencia, que se tambalean frente a lo extraordinario, intentan acallararlo con combinaciones nuevas de viejos argumentos o con hipótesis que prueban con más seguridad aquello de lo que ya pretenden certeza. Intentan explicar la «realidad», adecuarla a la explicación. Pero pensar la verdad como alcanzada o fija es asignarle una idealidad ajena a la realidad de la vida.

Nada diferencia ni protege al hombre de la naturaleza: él es un organismo surgido de ésta, proclama Nietzsche. Así, inconscientemente, constituye su conciencia, donde vive en el olvido que encubre su desamparo frente a lo natural.

La conciencia de sí es la primera seguridad que, por no tener fundamento –aunque lo afirme–, es falsa de entrada: un sí (mismo) no existe en lo que de ningún modo es o ha sido concluido absolutamente; no hay algo anterior a la actuación que la fundamente o justifique. De todas maneras, la exigencia de la seguridad consume al hombre en la búsqueda del sí supuesto, radicalmente ilusorio.

Esa búsqueda de fundamento genera las distintas verdades que permiten actuar más acá del encubrimiento: desde un orden –pretendidamente perfecto pero vacío de vida– que deja fuera el peligro. Vivir, en palabras de Nietzsche, no es más que estar en peligro. La actuación del hombre en busca de sí mismo sólo pretende dominar lo inconsciente, superar el olvido que oculta la no existencia del hombre como sí mismo y su carencia de poder sobre la naturaleza.

La acumulación de verdades contradictorias y parciales muestra que lo verdaderamente permanente es el interés en el dominio, que, modulado según tensiones opuestas, se vierte en cultura. La verdad es sólo acontecimiento cultural y, por tanto, no puede ser fija. Lo cultural entendido estáticamente –en la equiparación de la verdad con un encuentro logrado–, se torna absolutismo: única ciencia, única lógica, única ética.

La ciencia «descubre» a partir de la fijación de presupuestos. El descubrir científico es el hipócrita asombro en la vuelta sobre el presupuesto: la ciencia es búsqueda de su búsqueda; la verdad ya no puede ser real: es apenas científica. Algo similar ocurre con cualquier tipo de conocimiento objetivo: cierra la verdad por tomarla como finalizada.

Lo que se asume verdadero –lo cultural– es sólo la

justificación de la propia actuación. La verdad cultural es el ocultamiento. Por eso el filósofo, de no tener otra alternativa, puede desesperar de encontrar la verdad. Las verdades culturales impiden un conocimiento puro y sin consecuencias útiles: es filósofo no quien oculta su incapacidad frente al pensamiento refugiándose en la erudición o en los éxitos sino quien directamente se encamina al «lugar» del pensar, a pesar de no poder lograrlo. Nietzsche afirma la imposibilidad de conocer desinteresadamente –sin ocultamiento–, pues el afán de fundamentación es inevitablemente constitutivo del hombre.

Nadie actúa en el desinterés sino bajo la exigencia de sus propias afirmaciones, por eso, piensa Nietzsche, reinan la deshonestidad y la mentira. Los hombres grandes –auténticos filósofos– son quienes caen en cuenta del olvido del desamparo y quienes, actuando sin admitir ninguna fijación, desenmascaran la mentira, aunque no salen de ella: la desenmascaran en el surgimiento de una nueva valoración que a su vez debe ser superada, pues tampoco es verdadera: no es una valoración fija.

De ahí la soledad del filósofo, pues cualquier tipo de verdad –es decir, de mentira– pelagra ante él. Y él pelagra ante la sociedad, que le exige amoldarse a parámetros establecidos. Con todo, caer en cuenta del fundamento como lo que encubre el desamparo también implica una

exigencia: el desenmascaramiento y la educación de otros que continúen. La meta de un filósofo como educador es conducir a algunos hombres a que actúen abandonando –y destruyendo– cualquier supuesto: llevarlos a que actúen, como Nietzsche afirmaría más adelante, sólo en busca de poder poder, sin fin, sin fundamento. Surge una nueva cultura cada vez que viven grandes hombres: nuevos valores, nunca permanentes, completamente distintos, sin anterioridad presupuesta.

Nietzsche pugna por abrir horizontes para el pensar después de su absolutización –y de su culminación lógica, planteada por Hegel– en la modernidad. Lo hace sacando al hombre del marco del ideal, que ve como fracaso de la vida, pues la encierra y no permite su crecimiento.

Ideales, ciencia, progreso, desarrollo, cultura son conceptos que hacen viable la actuación social del hombre. Desde luego, el hombre objetiva para actuar, pero las alternativas que se abren con el abandono de la objetivación –de la nuda objetividad– no se agotan en la difracción indefinida de las verdades culturales ni en la soledad de la insaciable, por circular, voluntad de poder. El hombre es más que ideal, y ciencia, y progreso, y desarrollo, y cultura. Abandonando la objetivación, también vive en libertad avanzando en el encuentro inagotable de la verdad. ■

EL DERECHO A LA VIDA Y LA INCONSTITUCIONALIDAD DE LA FECUNDACIÓN *IN VITRO*.

NAVARRO, Hermes

Editorial Promesa, San José, Costa Rica, 2001, 189 páginas.

En marzo del año 2000, la Sala Constitucional de la Corte Suprema de Justicia de la República de Costa Rica declaró inconstitucional la fecundación *in vitro* (FIVET). Con este voto se declaraba legalmente, por primera vez en la historia, que esta técnica atenta contra la vida humana.

Hermes Navarro, abogado especialista en temas

relacionados con la dignidad humana, es conocido por obras como *La convención americana de Derechos Humanos y los votos de la Sala Constitucional de Costa Rica*, *Secuestros ilegales como alternativa a la extradición y La desaparición forzada de personas*. En este libro, editado por la joven y prolífica Editorial Promesa, el autor explica el proceso del cual él mismo fue protagonista, pues desde abril de 1995 presentó una acción de inconstitucionalidad

contra un decreto ejecutivo, de febrero del mismo año, que pretendía regular la práctica de la FIVET homóloga o heteróloga en ese país.

La obra ofrece un enfoque de predominio jurídico y se presenta como un ejemplo de argumentación que puede seguirse en otros países. Entre las objeciones éticas que aporta para explicar la inconstitucionalidad de la FIVET como violadora de “los derechos y garantías individuales” están las siguientes:

- La eliminación voluntaria de un alto porcentaje de embriones en el proceso de selección (pp. 78-81).
- La congelación de embriones, que puede conllevar un sinnúmero de dificultades éticas, médicas y existenciales (pp. 83-86).
- La fecundación artificial heteróloga, que “lesiona los derechos del hijo, lo priva de la relación filial y puede dificultar la maduración de su identidad personal” (pp. 87-96).
- El argumento que propugna la disposición del propio cuerpo ataca, según el autor, la vida colectiva y, además, eleva los conceptos de “control” y “poder” a un sitial superior al de la responsabilidad recíproca (pp. 97-106).
- Además, estudia el posible daño psicológico que puede producirse en el niño nacido mediante FIVET (pp. 107-

110).

Posteriormente, el autor expone los argumentos del voto de la Sala Constitucional y los avatares que debió seguir, como una demanda ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos contra los conceptos fundamentales en que se sustentaba la prohibición de marzo del 2000. En la respuesta que el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto propuso ante la demanda se incluyen los siguientes aspectos: la vida humana embrionaria, la protección jurídica de la vida y la violación de la vida humana por la FIVET.

El libro ofrece otros dos capítulos especialmente interesantes: en las páginas 22-33, presenta una breve explicación de lo que es la FIVET y de los conceptos relacionados con ella, y en las páginas 53-76 expone un estudio de las normas que defienden la vida humana inocente: la Constitución Política y los códigos Civil y de Familia de la República de Costa Rica, la Convención Americana sobre Derechos Humanos (1970), la Declaración de la Sociedad Suiza de Bioética (1987), el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos (1968) y la Convención sobre los Derechos del Niño (1990).

En conclusión, se trata de un valioso testimonio sobre las dimensiones jurídicas de la bioética, que manifiesta la importancia de que los estudios sobre las implicaciones éticas del desarrollo tecnológico se plasmen en el ordenamiento legal de las sociedades civiles. ■

SOBRE EL ESPÍRITU ACADÉMICO EN UNA APROXIMACIÓN A LA LITERATURA ESPAÑOLA

Carlos Alberto Crida Álvarez *Aproximación a la literatura española a través de sus obras. Desde la baja edad media hasta el siglo XVIII*, Efstathiadis Group, Atenas, 2001, 270 páginas.

En el prólogo, el autor del libro advierte que esta publicación no pretende ser una historia de la literatura española, sino contribuir a un primer contacto con esta última. Es de suponer que este acercamiento resultará fértil y dará frutos abundantes. El propósito es claramente académico: facilitar a los estudiantes una visión abreviada –pero relativamente completa– de las letras castellanas,

desde el medioevo hasta el siglo XVIII incluido. Elaborar una antología no es nada fácil y mucho menos, cuando se trata de un proyecto dirigido a unos universitarios que aún no dominan el idioma que están estudiando y apenas se están acercando a una cultura poco conocida para no decir ajena. Al término de antología Carlos Alberto Crida Álvarez le agrega el epíteto “guiada”, sugiriendo

su lectura debe proporcionar un discernimiento de las épocas, tendencias y movimientos literarios de este lapso de tiempo y una orientación en los géneros y los títulos cultivados, al igual que sus características, por los autores más representativos. Miremos, ¿cómo proyecta ésta su intención?

En el compendio, se conserva la concepción cronológica de la evolución literaria y, después de un breve capítulo de generalidades acerca de la literatura española, siguen otros tres capítulos que abarcan la literatura medieval, la del Siglo de Oro y la del Siglo XVIII. Las generalidades delimitan, a muy grandes rasgos, las características de la literatura española en su conjunto y su periodización, con la aclaración de que los bloques cronológicos mencionados se subdividen por períodos menores. Así, por ejemplo, el siglo XVIII pertenece a la época moderna. Si estas palabras introductorias resultan algo escuetas, hay que reconocer que la bibliografía que incluye el autor en esta parte está elaborada con esmero y unos criterios claros que permiten consultar las historias de la literatura y sus antologías, historias de España y de su cultura, diccionarios especializados, los manuales y catálogos bibliográficos y, lo cual es de sumo interés, orientarse en una panorámica lista de las revistas especializadas, lo cual es de gran utilidad para alguien que apenas inicia sus estudios en el área. Es de justicia también subrayar que aparecen, igualmente, valiosas referencias bibliográficas para cada capítulo y, además, para cada una de sus partes constitutivas. Si los textos invitan a la lectura completa de las obras presentadas, la bibliografía correspondiente representa un recurso didáctico que suministra un acceso directo a su estudio y, en este sentido, resulta inestimable. Todo estudioso dispone de su posibilidad de consulta, de acuerdo con sus intereses particulares.

Los capítulos sobre la Edad Media, el Siglo de Oro y siglo XVIII, ocupan, respectivamente, 103, 118 y 30 páginas, lo cual nos permite constatar – al dividir el Siglo de Oro en el Renacimiento y en el Barroco– que se pone un énfasis especial en el Medioevo. Quizás puede sorprender que en este enfoque no aparezcan referencias a los primeros monumentos literarios del castellano (no hay referencias a los famosos glosarios de San Millán ni tampoco a los de Silos, tampoco se mencionan las jarchas ya de evidentes contenidos líricos) pero, al aceptar que el interés es específicamente literario, la decisión puede parecer atinada. La antología comienza con una amplia nota sobre el Poema de Mío Cid, generosa en los planteamientos y muy puntual; ilustrativos fragmentos que la siguen, constituyen un inicio rico y comprensible en la presentación de la literatura española, además de ser un elemento de verdadero deleite épico para el lector. En relación con la poesía de mester de clerecía, la muestra

escogida proviene del anónimo Libro de Apolonio. Desde mi concepto, esta cita, por cierto bastante extensa, podría limitarse para dar espacio a unos fragmentos de la bellísima creación del primer poeta español conocido por su nombre, Gonzalo de Berceo. La prosa medieval quedó representada por unas páginas tomadas del Libro de Calila e Dimna y El Conde Lucanor de Don Juan Manuel. La visión de poesía culta la despliegan las estrofas del Libro de buen amor de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Luego, el autor presenta en la lírica del siglo XV por medio de Coplas a la muerte de su padre el maestro Don Rodrigo de Jorge Manrique y, aunque menciona a Juan de Mena, prescinde de sus versos, e incluye algunos ejemplos de diferentes romances. Unas páginas de Amadís de Gaula de Garcí Rodríguez de Montalvo reflejan la creciente narrativa. Finalmente, después de una revisión del teatro medieval, de sus géneros y de sus dramaturgos, hallamos escenas tomadas de La Celestina de Fernando de Rojas.

Al presentar el Siglo de Oro, Crida Álvarez opta claramente por su subdivisión y expone, con documentadas notas y un sólido acervo bibliográfico, la presencia de dos épocas: la del renacimiento y la barroca. En la primera destaca el significado literario de las Eglogas de Garcilaso de la Vega. El Lazarillo de Tormes constituye el modelo clásico de la novela picaresca. Unas muestras líricas y algunos textos de la prosa representan la creación de Fray Luis de León. El panorama renacentista se cierra con unos fragmentos poéticos y narrativos de San Juan de la Cruz. Ciertamente, la limitación del espacio hizo omitir la presentación de los valiosísimos textos de los libros de Santa Teresa de Jesús o de Fray Luis de Granada. Es importante subrayar que el autor menciona en su estudio introductorio a la época la importancia de la novela pastoril y, aunque no hallamos páginas tomadas de este género en la selección, de esta manera, crea la posibilidad del acercamiento a un conocimiento literario más completo, si el lector estudioso así lo desea.

La época barroca queda representada por textos escogidos de cinco autores. Esta perspectiva la abre la obra de Miguel de Cervantes con dos capítulos de El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. El culturismo se despliega a través de unos poemas y unos fragmentos de la Fábula de Polifemo y Galatea de Luis de Góngora.

Algunas poesías, especialmente unos sonetos, y unas páginas de El Buscón permiten identificar las características del conceptismo. Como muestras del célebre teatro de Lope de Vega encontramos unas escenas del acto primero de Fuenteovejuna y la escena quinta del acto primero de La Dorotea. También unas escenas de La vida es sueño pretenden reflejar el genio artístico de Pedro Calderón de la Barca.

Como ya lo hemos mentado, la parte concerniente a la literatura del siglo XVIII es la más reducida en su extensión. Se limita a unas notas del compilador sobre el período en mención y dos autores seleccionados y unas páginas de su creación tomadas de Teatro crítico universal de Fray Benito Jerónimo Feijoo, así como de Noches lúgubres y Cartas marruecas de José Cadalso Vázquez que cierran el libro.

En la publicación se percibe la afirmación intencional del epíteto de "guiado" que le dio el autor en su prólogo a esta muestra antológica de la literatura española. Las documentadas notas introductorias a las épocas y a los autores seleccionados, permiten al lector contextualizar los fragmentos y entender los más relevantes rasgos artísticos y literarios. Cuando Carlos Alberto Crida Álvarez emite sus opiniones, suele acompañarlas con argumentos claros y convincentes. Se basa en ideas aceptadas y más bien trata de evitar las polémicas. Se deduce que procura dar bases firmes al conocimiento de los estudiantes que

se inician en la literatura castellana. Los fragmentos seleccionados, además de una finalidad pedagógica en cuanto su representatividad histórico-literaria, fomentan el aprecio estético, puntualizan los rasgos más relevantes de las obras escogidas, previamente anunciados en las notas explicativas o "guías" y, ciertamente, permiten divertirse, al reconocer, en muchos momentos, el sentido crítico y la gracia del humor españoles. Este método facilita el ordenamiento de las distintas unidades y beneficia la comprensión del conjunto y logra que el estudio serio también sea ameno.

En fin, Aproximación a la literatura española a través de sus obras. Desde la baja edad media hasta el siglo XVIII es un texto elaborado con conciencia académica, útil y, al mismo tiempo, afable que cumple cabalmente los propósitos de este tipo de publicaciones universitarias. ■

BOGDAN PIOTROWSKI